

E.  
HARO  
TEGLEN

## LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA Y LA GUERRA FRÍA

**L**AS constantes y las circunstancias mundiales están influyendo de una manera principal en el desarrollo de la vida y la política en España. Ningún país es ajeno al gran desajuste mundial: la interrelación de los acontecimientos es básica en nuestro tiempo, y nada de lo que sucede es ajeno a nadie. Pero los países con solvencia, con un fondo cultural político, con una identidad integrada, lo soportan con más reservas de todo orden, morales y políticas, y hasta tienen la capacidad de producir a su vez acontecimientos que puedan redundar en su favor. A España, en cambio, la sorprende la gran crisis mundial en muy mala postura, en una coyuntura negativa, con un desbarajuste moral profundo y con una economía no sólo enormemente frágil, sino además desgobernada, inestable, incoherente.

**E**l contraste entre la fuerza airada de la crisis mundial y la pequeñez aldeana de nuestra lucha política es evidente. Asistimos cada día a las disputas de conejos en un mundo de galgos y podencos. Hay una reciente frase de Suárez (entrevista con Jaime Peñafiel, en "¡Hola!") bastante característica de esta mentalidad: "Soy un encajador nato, capaz de rendir, recibiendo, al que me golpea, sin desfallecer ni rendirme yo jamás. Pero me duelen los ataques que se dirigen contra mi familia". La característica no es sólo del presidente: la frase podría suscribirla, con ligeras variantes, cualquier político del día, y no sólo del partido gobernante. Se ve, bajo ella, lo que supone aquí la lucha política: un deporte, un "match", con trampas y juegos sucios; una manera de conservarse en el poder o de quitárselo a otro, un asunto personal. No se equivocaba Emilio Romero ("Informaciones", 4 de enero) al explicar que el poder está tejido con "familias políticas", sin verdaderos programas políticos o de Gobierno, sino con la meta del poder en sí, como fin y no como medio, lo cual atribuye a una herencia del franquismo. Pero podría verse, tras todo esto, que el poder de decisión va estando menos en el Gobierno y por lo tanto en sus posibles modificaciones, y en el Parlamento, tan aherrojado y contenido, y más en lo exterior: en los círculos de poder de fuera del Gobierno y del Parlamento, y en los centros de decisión —o, simplemente, en las circunstancias— de fuera del país. Esta supuesta herencia del franquismo no atañe sólo al partido del Gobierno: las querellas, las indecisiones, las maniobras, la lucha personal se están reflejando en los enfrentamientos de los partidos políticos entre sí, y en las luchas por el poder dentro de cada uno de ellos.

Es evidente el contraste entre la fuerza airada de la crisis mundial y la pequeñez aldeana de nuestra lucha política. En la foto, Adolfo Suárez y Fernando Abril paseando por las calles de Avila durante sus vacaciones navideñas.



**U**NO de los problemas más graves que trae esta situación española en un momento determinado de la política mundial es que, a pesar del diagnóstico de Emilio Romero, no se atribuye generalmente a la herencia del franquismo, sino que se relaciona con el fracaso de la democracia. No es una relación nueva. En circunstancias de otra grave crisis mundial, la que precedió a la guerra de 1939, en Gran Bretaña y en Francia se alzaban voces muy solventes culpando a la democracia de lenidad o de ineficacia frente a la capacidad de resolución de Mussolini o de Hitler. Un socialista como Bernard Shaw comentaba la Europa de entonces con estas frases: "Los Parlamentos eran incapaces de poner fin al paro obrero, plaga que el proletariado temía por encima de todas las demás; Adolfo Hitler y Benito Mussolini descubrían lo que Cromwell había descubierto antes que ellos: podían obtener que se ejecutase todo lo que ellos deseaban y tirar al cubo de la basura, muertos o vivos, a todos los recalcitrantes del Parlamento. A los ojos del pueblo, los dictadores eran capaces de cumplir sus promesas si lo querían, mientras que los parlamentarios, incluso si querían mantener las suyas, eran incapaces. Entonces, ¿cómo asombrarse si, en sus plebiscitos, los dictadores obtenían el 95 por 100, incluso más, de los votos del pueblo?" (G. B. S., "Everybody's political What's What", 1944). Más concreto era el pensamiento de Gandhi: "El sistema electoral, la lentitud de los procedimientos, la centralización, el ahogo de los negocios, que hacen el sistema incapaz de un trabajo verdaderamente creador en materia de planificación social y económica; la dictadura del Gabinete, el poder creciente de los funcionarios permanentes, la imposibilidad de conducir a los ciudadanos a participar en la vida política, la ausencia de toda igualdad económica, incluso aproximada..." (Gopinath Dawan: "The political philosophy of Mahatma Gandhi", 1951). Sería difícil quitar ni una sola coma para aplicar esta frase a la realidad española de hoy. Pero para Shaw, para Gandhi, el problema no estaba en la institución de la democracia, sino en su mal uso. En que la democracia "no se cumplía, mucho más a causa de la fe dominante en la violencia y en la falsedad que en razón de una sim-



ple insuficiencia de las instituciones". Este es un problema mucho más visible en España, porque aquí todo es más crudo, más descarnado. Aquí vemos que el problema de la democracia es, precisamente, su poca existencia, su falta de afirmación, la falta de seguridad en sí misma. Los encargados de crearla creen escasamente en ella: la rodean de reservas, de limitaciones, de contenciones, de sistemas de seguridad. La quieren "fuerte" y no son capaces de advertir que su fuerza esté en otro punto. No la dejan penetrarse del sentido de la libertad. Las mismas figuras de la oposición que creen por esencia en el sentido de las palabras libertad y democracia temen que, si no se la eriza de defensas, si no reducen ellos mismos su busca de absolutos, si no se limitan a la práctica diaria de lo posible, podrá ser destruida. Con todo ello, estamos en la confusión en que estamos, y se ataca a la democracia precisamente por lo que no es, por lo que no se ha conseguido, por lo que no se la deja ser.

AY que temer, ahora, que todo va a ir a peor. Entramos en una guerra fría mundial. Si se recuerda lo que fue la anterior, se verá que una guerra fría no se reduce a una recrudescencia de la hostilidad del mundo occidental frente a la URSS, o viceversa, sino a un renacimiento del conservadurismo en cada uno de los países comprometidos —por su voluntad o contra ella—. La guerra fría fue un desastre para la consecución de la democracia; su reproducción, ahora, puede volverlo a ser, y en España, especialmente, por la precariedad de la filosofía democrática y por la enorme fuerza de los poderes extragubernamentales. Es algo que los demócratas auténticos deben tener en cuenta, y que debe preocupar seriamente a los partidos implicados, desde el centro hasta la izquierda más definida. De su actitud va a depender en mucho que en los tiempos por venir se conserven solamente las instituciones, que siempre son fáciles de conservar, sino su funcionamiento y su espíritu, que es algo todavía mucho más difícil, como se está viendo ya. ■

## EL MIEDO AL MIEDO

LOS  
CONTEM  
PORAN  
EOS

**L**OS adivinos de la gran tribu mundial se inclinan sobre sus bolas de cristal, y ven terrores. Los ven en el tarot y en los astros, en los fondos de las tazas de café turco. Las gentes leen estos pronósticos con escaso interés. Los encuentran, más cumplidos, en los editoriales de sus periódicos. Los ven en los ojos de sus cónyuges, en los de sus hijos o en los de sus padres. Se van al cine, y salta el apocalipsis. Es una época en la que los optimistas se esconden: su situación es profundamente pesimista. Los profetas truenan desde sus atributos. Las amas de casa gimen.

O sea, que todo parece estar como siempre. Un ciudadano de mediana edad ha visto en su vida fuego, sangre, guerra y hambres suficientes como para saber que lo peor que le pueda pasar al futuro es que se parezca al pasado. Es evidente que lo nuclear es inquietante, pero sólo para los débiles de espíritu; a los realistas les da igual ver su familia pasada a bayoneta, o sus testículos electrificados por un verdugo civilizado. La ventaja de la muerte es que es siempre igual.

Parece que lo peor es el miedo; especialmente, el miedo al miedo. Esto es lo que tenemos. La creación del terror ha alcanzado grandes cimas; pero también en esto hay límites, y el terror es siempre igual al terror, y no es muy distinto el que muere de infarto porque ve una sombra fantasmal en el corredor de su vieja casa que el que percibe sobre sí la amenaza de la última guerra. Todo esto parece una forma de optimismo posible. El optimismo posible consiste en aceptar que puede pasar de todo pero que, al final, siempre pasa lo mismo a cada uno. En cuanto al temor porque pueda terminar nuestra civilización es un temor francamente risible. Nuestra civilización es, precisamente, la del terror, la de este ahogo diario.

Olvidemos a los cocos, a los hombres del saco. No son los adivinos de la tribu, sino los profetas que tienen en su puño el rayo. No se deje usted asustar por Carter o por Brejnev, no se deje asustar por Jomeini o por Wojtyla, con sus diseñados infiernos de vieja ópera, y escapará de ellos. Lo que quieren es dominar por el terror. Cuando a los niños se les asusta con el cuento del lobo o del sacamantecas, lo único que se quiere obtener de ellos es que se coman su desagradable sopa o se duerman para no molestar a los que les asustan, a los sacerdotes de la noche y la cuna. Defendámonos de quienes nos quieren asustar para añiarnos, para hacernos obedientes y disciplinados.

Pero la verdad es que es una época terrorífica. ■

**POZUELO**